

Más allá del Consenso de Washington

EL TURBULENTO período de 1989 se prestaba a la hipérbole, cuando Francis Fukuyama proclamaba “el fin de la historia”, y caían el muro de Berlín y los regímenes comunistas de Europa oriental. Incluso en China, mientras los militares sofocaban violentamente una ola de protestas, el mundo presenciaba asombrado el desafío de un hombre que pretendía detener por sí solo el avance de una columna de tanques en la plaza de Tiananmen.

En esta época de cambio, en que el capitalismo parecía triunfar y la Guerra Fría llegaba prácticamente a su fin, el economista John Williamson acuñó la expresión “Consenso de Washington” para describir la serie de reformas que las economías estatizadas de América Latina podrían aplicar para atraer nuevamente a los capitales privados después de la debilitante crisis de la deuda de la “década perdida” de los años ochenta. Como Williamson explica en las páginas siguientes, aun cuando este conjunto de políticas tuvo originalmente por objeto reformar las economías de América Latina, pronto se convirtió en un modelo para todo el mundo en desarrollo. Asignaba énfasis a la disciplina macroeconómica (particularmente fiscal), la economía de mercado y la apertura.

El Consenso de Washington contribuyó a cubrir la necesidad de un marco de política económica que sustituyera a las desacreditadas estrategias de planificación centralizada y sustitución de importaciones. Como Moisés Naím señala en la revista *Foreign Policy*, la crisis de la deuda y el fin de la Guerra Fría hicieron que los gobiernos no pudieran mantener políticas que no estuvieran basadas en sólidas políticas macroeconómicas o que no favorecieran la inversión extranjera.

A principios de los años noventa los gobiernos de América Latina adoptaron el Consenso, y las políticas aplicadas dieron algunos de los resultados que supuestamente debían: presupuestos más saludables, menos inflación, menores coeficientes de deuda externa y mayor crecimiento económico. Pero en muchos países el desempleo aumentó, la pobreza siguió estando difundida y el énfasis en la apertura hizo que los países se tornaran vulnerables a los efectos secundarios de la globali-

zación, como los flujos de capitales privados a corto plazo que salen de un país con la misma rapidez con que entraron.

Entre 1994 y 1999, 10 países en desarrollo de ingreso mediano experimentaron crisis financieras que deterioraron los niveles de vida y en algunos casos hicieron caer los gobiernos y empujaron a millones de personas. Los responsables de las políticas enfrentaron el nuevo problema del contagio financiero —el riesgo de que la crisis se extienda de un país a otro— y los economistas cuestionaron el ritmo y la secuencia de la desregulación y la liberalización, asignando nuevo énfasis a la necesidad de contar con vigorosas políticas e instituciones antes de abrir las economías a los inestables capitales extranjeros.

Con frecuencia se ha considerado que las instituciones financieras internacionales se han identificado demasiado con el Consenso, y éste ha sido objeto de los ataques de los desencantados con la globalización y el neoliberalismo o con lo que consideran decisiones arbitrarias del Tesoro de Estados Unidos. En septiembre de 1998, Jeffrey Sachs se refirió a la falsedad del Consenso, reclamando una administración compartida entre ricos y pobres.

El programa de reforma se convirtió en una larga lista de medidas que deben adoptar los países ricos y pobres. La necesidad de tipos de cambio competitivos se convirtió en

la necesidad de tipos flexibles o (quizá) fijos, con un terreno muy traicionero entre ambos. El Consenso generó consenso. La última versión —el Consenso de Monterrey de 2002— incluye 63 aspectos, no solo la ayuda y los aspectos económicos, sino la gestión pública, la corrupción y los derechos humanos.

Hoy se debate nuevamente el futuro y el papel de las instituciones financieras internacionales. Muchas regiones —como América Latina y África (véanse las págs. 14–20)— tienen sus propios programas, complementados con un complejo conjunto de metas de desarrollo y negociaciones comerciales, y Williamson está promoviendo un nuevo programa que espera habrá de dejar atrás la “trillada retórica de los años noventa”. ¿Cómo se llamará el nuevo programa? Como sea, dice Williamson, pero no “Consenso de Washington II”. ■

Jeremy Clift

El Consenso ha sido objeto de los ataques de los desencantados con la globalización y el neoliberalismo o con lo que consideran decisiones arbitrarias del Tesoro de Estados Unidos.